

DOMINGO XV ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

Si quisiéramos poner nombre a los domingos, este lo tendríamos que llamar 'el domingo del buen samaritano', porque es el mensaje que nos transmite su Evangelio. El camino del cristiano -copia del de Jesús en su "subida" a Jerusalén- se describe hoy con una de las características del mensaje de Lucas: la misericordia.

Moisés, en la 1^a lectura, asegura al pueblo que, para cumplir la voluntad de Dios y seguir su Alianza, no es nada complicado el camino: la ley de Dios la tenemos "muy cerca: en el corazón y en la boca". A nosotros, cristianos, todavía se nos ha acercado más esta palabra viva de Dios en Cristo Jesús. En cada Eucaristía nos miramos a su espejo para ir copiando las actitudes de la vida de Cristo. Hoy, el amor al prójimo.

Tal vez a ellos, y a nosotros, nos hubiera gustado tener la excusa de que el plan de Dios es complicado o misterioso. Hubiéramos preferido que fuera "inalcanzable" o que tuviéramos que subir al cielo o surcar los mares para enterarnos de ese plan. Pero resulta que lo que Dios quiere de nosotros es muy sencillo. Lo que pasa es que hay que llevarlo a la práctica: "cúmplo".

Por ejemplo, el resumen que el letrado interlocutor de Jesús hace de la ley es muy sencillo: "amarás al Señor tu Dios, y al prójimo como a ti mismo". Tenía motivos para saber de memoria este resumen, porque los judíos piadosos recitan este pasaje cada día. De él se podía decir muy bien, con palabras de Moisés, que la ley "la tiene muy cerca de sí". Lo que hace falta, y eso sí que no es fácil, ni para él ni para nosotros, es cumplirla: organizar toda nuestra vida desde el amor.

Estas expresiones -"amar a Dios ... amar al prójimo como a ti mismo"- las tendríamos que "descongelar", porque, de tanto repetirlas, parece como si perdieran fuerza y acabamos por no creernos lo que decimos. Jesús nos propone un programa totalmente positivo: ¡amar!



La de hoy es una de esas páginas que tienen el inconveniente de que se entienden demasiado (¿era mejor en latín?) y que nos interpela vivamente a todos: incluido el clero, que no queda nada bien. A Jesús se le nota la tendencia a denunciar la poca coherencia en su vida de los "oficialmente buenos".

¿En cuál de los personajes que pasan junto al herido nos vemos retratados cada uno de nosotros? ¿en los que pasan de largo, dando un rodeo, porque seguramente tienen cosas muy importantes que hacer? ¿o en el que se toma la molestia de gastar tiempo y dinero atendiendo a uno que ni siquiera conocía?

Es una llamada a unir el mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo ("el próximo", el más cercano). El hermano, sobre todo ese que está sufriendo, víctima de tantas violencias, o de los fracasos de la vida, un anciano que se siente solo, un joven que no encuentra trabajo, un hijo o una hija en edad difícil o con problemas, un enfermo a quien nadie visita, un emigrante a quien nadie le ayuda a arreglar sus papeles ... son un signo, un "sacramento" de Dios en nuestra vida.

Tal vez no nos piden dinero, sino atención, tiempo, una palabra amiga, una mano tendida. A veces saludar amablemente a un mendigo le resulta a este más importante que ayudarlo económicamente. ¿Les atendemos? ¿pasamos de largo? Claro que es más cómodo seguir nuestro camino y hacer como que no hemos visto nada, porque seguro que tenemos cosas importantes que atender. Pero resulta que, según Jesús, esa va a ser la "evaluación" o el examen que se nos hará al final: "me dieron de comer ... me visitaron ...".

El que queda bien, en la parábola inventada por Jesús, es precisamente un samaritano: despreciado por los judíos. El buen hombre se muestra muy concreto en su caridad: lo vio, le dio lástima, se acercó, le vendó, le montó en su cabalgadura, lo cuidó, pagó por él, prometió volver a visitarle ... No hacen falta muchas explicaciones para entender la lección de Cristo. Tanto si se trata de la ayuda entre las naciones ricas y pobres, o entre patronos y obreros, o entre gentes de diferente raza, o entre nativos y emigrantes, o entre cristianos y creyentes de otras religiones.



La Palabra de Dios que escuchamos no debe quedar en teorías. La 1^a lectura terminaba: "el mandamiento está muy cerca de ti ... cúplelo". La parábola de Jesús, igual: "anda y haz tú lo mismo".

A lo largo de una jornada o de una semana tenemos muchas ocasiones para cumplir o dejar de cumplir esta invitación de Jesús a la caridad para con el prójimo malherido. Este amor concreto lo podemos ejercitar con los pobres que tenemos al lado, a los que podemos ayudar, por ejemplo, a través de la Pastoral Social de la parroquia; con los familiares en necesidad, porque no todos tienen la misma suerte en la vida; con los enfermos, discapacitados y ancianos que se encuentran solos; con los hijos que andan con problemas o porque han fracasado en la escuela o no encuentran trabajo o corren el peligro de caer en malas compañías; con los emigrantes...

En la Eucaristía, antes de ir comulgar con Cristo (unión "vertical"), somos invitados a darnos el gesto simbólico de la paz con los más cercanos (unión "horizontal"). Es un recordatorio sencillo pero comprometedor: no podemos ir a decir "amén" a Cristo si no estamos en una actitud interior de comunión con el hermano. Los vecinos a los que les damos la mano o el abrazo son los representantes de todos aquellos con los que entraremos en contacto en la vida. El gesto no es un signo de lo bien que van las cosas - ¡ojalá! - sino de la fraternidad que queremos y nos comprometemos a construir.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador